LA NOVELA CORTA

rio de "La Dama Duende"

por

Diego San José

10 cts.

Año VI
N.° 266

LA NOVELA CORTA

Madrid 22
Ene. 1921

DIRECTOR: JOSÉ DE URQUIA

Sumario de obras publicadas en La novela TEATRAL.

GALDOS.—49. Electra.-53. Doña Perfecta.-58. La loca dela casa.-69. Realidad.-82. La de San Quintín.- *Sor Simona.

BENAVENTE.—9. Todos somos unos.-102. La copa encantada.-107. El marido de su viuda.

QUINTERO.—66. Doña Clarines.-71. El patio.-75. La escondida senda.-88. El niño prodigio.-**Pepita Reyes.

GUIMERA.—113. María Rosa.-114. Tierra baja.-196. Agua que corre.

LINARES RIVAS.—16. El Cardenal.-99. La Cizaña.-101. Bodas de plata.

MARTINEZ SIERRA.—29. Primavera en Otoño.-**El ama de la casa.

TAMAYO Y BAUS—136.-Un drama nuevo. 210.La bola de nieve.-186.Lances de honor. 149.La locura de amor.--177. Lo positivo. - 214. Virginia.

DICENTA.—6. El lobo.-14. Sobrevivirse. 24. El señor Feudal.-38. El crimen de ayer.-60. Daniel.-69 Amor de artistas.-77. Aurora.-92. Luciano.-. Juan José.

ZORRILLA.—188. El Alcalde Ronquillo.-130.El Zapatero y el Rey.-131. Sancho García.-148.El puñal del Godo.-171. La mejor razón la e pada.

VILLAESPESA.—10. El rey Galaor.-23. Aben-Humeya.--37. Doña María de Padilla.--65. La leona de Castilla.-*El Halconero.-**El Alcázar de las perlas.-28. La Gioconda.

MARQUINA.—154. En Flandes se ha puesto el sol.-182.Doña María la Brava.-201.El Retablo de Agrellano.-Las hijas del Cid.- 195. El Rey Trovador.

RAMOS CARRION—84. El noveno mandamiento.-86. La Tempestad.-95. La Bruja.-155. La muela del juicio.-104. El bigote rubio.-106. Los sobrinos del Capitán Grant.-179. Mi cara mitad. 123. Los señoritos.-213. La criatura.-90. La Marsellesa.

VITAL AZA.—32. Francfort.-33. La Rebotica.-36. Ciencias exactas.-39. La Praviana.-45. Parada y fonda.-50. Tiquis Miquis.-63. La sala de armas.-157. Las codornices.-137. El sueño dorado.--125. El matrimonio interino.-*Llovido del cielo.-197. El señor cura. - 131. El sombrero de copa.-*Con la música a otra parte.-191. El afinador.-200. Perecito.

RAMOS CARRION-VITAL AZA—147. El señor Gobernador.-119. Zaragüeta.-183. Robo en despoblado -151. El padrón municipal.-110. El oso muerto.-132. La ocasión la pintan calva' 118. El rey que rabió.

ECHEGARAY (Miguel).—44. La viejecita.-59. Gigantes y cabezudos.-76. El dúo de la Africana.-91. La Ragalera.-115. Los demonios en el cuerpo. 178. La Credencial.-163. Los Hugonotes.-120. Entre parientes.-111. El octavo no mentir.

ARNICHES-2. La sobrina del cura. 11. La casa de Quiros.-19. Las estrellas.-20. Doloretes.-21. La señorita dc Trévelez.-43. La gentuza.-67. La noche de Reyes.

ARNICHES - GARCIA ALVAREZ.--15. Alma de Dios.-17. El pobre Valbuena.-70. El terrible Pérez.-78. El fresco de Goya.-83. El mètodo Górritz.-87. El cuarteto Pons.-97. Mi papá.-124 El pollo Tejada.-128. El perro chico. 105. Gente meuuda.-122. El príncipe Casto.

GARCIA ALVAREZ-MUÑOZ SECA.-8. El verdugo de Sevilla.-12. Fúcar XXI.-34.La frescura de Lafuente.-51. El último Bravo.-56. Los cuatro Robinsones.-64. Pastor y Borrego. 73. Trampa y cartón.-193. Faustina.

PASO-ABATI.—13. El río de oro.-40. El gran tacaño.-116. La Divina Providencia.-206. Los perros de presa.

PERRIN-PALACIOS—74. La Corte de Faraón.-80. La manta zamorana.-81. Pedro Gimènez.-89. La Generala.-93. Pepe Gallardo.-109. El Húsar de la Guardia.-142. Enseñanza libre.--*Cinematógrafo Nacional.--*Certamen Nacional.194Cuadros disolventes.150.La tierra del Sol.--*Las mujeres de Don Juan.--146. El País de las Hadas.

COMEDIAS

1. Trata de blancas.-3. El místico.-4. Los semidioses.-5. Las cacatúas--18. El hombre que asesinó 25. La eterna víctima.-26. Jimmy Samson.-27. López de Coria.-31. El misterio del cuarto amarillo.-35. Primerose.-38. Raffles.-41. Mirandolina.-42. Genio y figura.-47. Petit-Café.-48. Los Noveleros.-54. La Tizona.-55.-Miquette y su mamá.-57. Los gemelos.-98. La cena de las burlas.-100. Franz Hallers.-103. La Tosca.-108. La tía de Carlos.-112.Fedora -117. El oscuro dominio.--121. Los gansos del Capitolio.129. El director general.-133. ¡Tocino del cielo!-134. Militates y paisanos.-135. Muérete, ¡y verás!-139. Jarabe de pico.-140. Papá Lebonnard.--141. La barba de Carrillo.-143. El Revisor. 144. Blasco Jímeno.-145. El crimen de la calle de Leganitos,-146. Lo que ha de ser.-152. Don Francisco de Quevedo.-153. La Ciclón.--156. El amor vela.-160. La señorita del almacén.-164. El Ladrón.-166. La pesca del millón.-167. El señor Duque.-169. El Gobernador de Urbequieta.--173. Jettatore.--180. Situacisnes cómicas en el teatro español.-181. El tenor.-- 185. El primer rorro. -*El Gavilán.-187. Los amigos del alma.-189. La casa de los milagros.-190. El duelo.-192. Los amantes de Teruel. - 198. La Canastilla.-199. Marcela, o ¿A cuál de los tres? 203.La historia del Don Juan Tenorio -207. Un negocio de oro. - 208. También la Corregidora es guapa -210. Mister Beverley.-212. La Dama de las camelias.-215. Hamlet.-216. La caracterización y las morcillas.

ZARZUELAS

7. Charito la Samaritana.—22. Serafina la Rubiales.-46. La alegría de la huerta.-52. La marcha de Cádiz.-61. El chico del cafetín.-68. Los cadetes de la reina.--72. La Tempranica.--79. El niño judío.-84. El padrino de «El Nene».- 85. La balsa de aceite.--96. El señor Joaquín.-127. Tonadillas españolas.-158. Cantables célebres de zarzuelas.-159. Ninón.-161. Los pendientes de la Trini.-162. Pancho Virondo.-165. La boda de Cayetana.-168. Las Corsarias.-170. La Chicharra.-172. El nido del principal.—174. La Madrina.-175. Chistes célebres de comedias.-176- La suerte de Salustisno.-184. La tragedia de Laviña. 202: La canción del olvido.- 205. El As - 204. La suerte perra.-211. Tonadillas españolas (2.ª parte.)

Número atrasado: 10 céntimos sobre el precio que marca el ejemplar

(**) Las obras señaladas con dos asteriscos han sido publicadas en LA NOVELA CORTA.

Diario de "La Dama Duende" (1)

HALLADO POR

DIEGO SAN JOSÉ

Breve prólogo del copilador de estos papeles.

Amigo lector: Este cuaderno es la continuación que *La Dama Duende* te ofreció al final de aquel otro en que te diera noticia de su llegada a la corte, en la alta servidumbre de la Reina María Luisa de Orleans, que nos llegó de Francia a compartir su vida juvenil y alegre con la de nuestro sombrío y embrujado monarca Don Carlos II de Austria.

En los folios que siguen a estas líneas preliminares mías verás, no las memorias personales de la abuela Luisa, sino un boceto de los usos y costumbres de España, que acaso observados con más detenimiento y menos extrañeza de quien los miraba con espíritu extranjero, hubieran podido ser un curioso estudio de nuestra vida íntima en el último tercio del siglo XVII.

Atento a esta curiosidad, a lo que parece, muy propia de un espíritu observador y analítico, olvida la dama (o acaso lo dejó para un nuevo cuaderno), referirnos su vida en la corte, que tengo para mí que hubo de ser pintoresca y no tan sosegada como ella se prometiera cuando se determinó a matrimoniar con el linajudo Don Fernando de Pimentel.

Así de como me halle un poco descansado de mis diurnas tareas, te prometo hermano lector, volver a casa de mi banal amiguita (la que guardaba las memorias de su abuela en una caja de sombreros, y las destinaba para que unas monjes confiteras pusieran sobre su recio papel la masa de sus bizcochos), y no parar hasta dar con todo lo que escribió *La Dama Duende*.

Entre tanto ahí te va escrito de su mano, y descubierto por mi curiosidad arcaica, un epítome de la vida cortesana en las postrimerias del siglo XVII, cuando acabó en España la dinastía austriaca.

¡Dios te guarde!

DIEGO SAN JOSÉ

EL ALCAZAR DE MADRID

La mansión en que moran los monarcas de España, no ofrece por de fuera particularidad alguna notable que la denuncie como albergue de tan alcurniados huéspedes. Es de tan sencilla apariencia y pobreza de ornamentación, que no parece sino uno de tantos casularios como forman esta grande aldea que es capital del reino.

Ni aun puede decirse que el tamaño venga a salirle por fiadora, pues que no disfrutan de mucha menos extensión, el palacio del duque de Osuna en el alto que llaman de las Vistillas, el de Medinaceli, (que antes fué del duque de Lerma) en la bajada del Prado, y el de Uceda al final de la Platería.

El tal Alcázar de nuestra monarquía es un viejo casón refundido; lo mejor que puede decirse que tiene es el emplazamiento, pues está situado en

(1) Véase el núm. 249.

Las novelas «inéditas» que publica esta Revista son pagadas como INEDITAS y consideradas como tales bajo la exclusiva responsabilidad de sus autores.

la margen izquierda del «Manzanares», («arroyo aprendiz de río», díjole en una de sus desenfadadas sátiras don Francisco de Quevedo) y tiene por fondo las magníficas arboledas de la «Casa de Campo» y los nevados picachos de la sierra de Guadarrama.

Los aposentos son amplios en demasía, pues más que habitaciones dijérase que son patios cubiertos.

Las galerías y corredores son verdaderos laberintos, que por angostas y empinadas escaleras acaban en los terrados donde como en una pequeña ciudad se agrupan las viviendas de la plebe palaciega, o en los obscuros y húmedos sótanos donde a su vez cruzan secretos pasadizos, muchos de los cuales van a dar a la otra parte del río y otros a los monasterios más próximos, como son la Encarnación, Santo Domingo el Real y las Descalzas. En uno de estos corredores diz que fué encontrado nuestro soberano (q. D. g.) una noche en que en un momento de lucidez, (espacio fugaz como el que separa el relámpago del trueno,) quiso libertarse de la tutoría de su madre y de la influencia inquisitorial del P. Everardo.

Aquellos intestinos del Alcázar parece que datan algunos de los tiemposde Felipe II, otros, los más, fueron abiertos de orden de su hijo y sucesor en el trono, monarca tan abúlico y devoto que al decir de un satírico y cortesano ingenio, gobernaba los destinos de esta malventurada España, digna de mejor suerte, tumbado en una cama, teniendo un crucifijo en una mano y un naipe en la otra...

——

Los cronistas matritenses más autorizados como parece que son Fernández de Oviedo y los clérigos López de Hoyos y Jerónimo de Quintana, cuyas obras circunstanciales gozan de mucho predicamento entre los eruditos de la Corte, dicen que fué en los tiempos de don Enrique de Trastamara cuando dióse principio a esta fábrica, pero no como Alcázar de la Corona, sino como fortaleza de la Villa.

Don Juan I parece que le dió alguna más importancia, y al conceder a León V de Armenia el señorío de Madrid y permitirse vivir en esta Villa dícese que el tal prócer reedificó la derruidas torres y tomó una de ellas por estancia.

Gran cosa es que la urbanización de los tiempos esté sujeta al capricho de los soberanos, como si ellos por ser quienes les plugo a Natura que fuesen, ya hubieran de entender de todo, y cuantos hay al través de las páginas de la Historia que no entienden ni aun el oficio en que nacieron.

Intervengan ellos personalmente o no en las obras públicas, lo cierto es que así los edificios como las calles parece que toman el sello de la monarquía en que fueron fabricadas.

¿Habrá quien viendo el Alcázar de Toledo, no perciba en aquella esbelta fábrica la huella señoril del César, y quien contemplando el austero monasterio de «El Escorial» pueda atribuir su fundación a otro monarca que al fanático, al reconcentrado, al impenetrable Felipe II?

Lo proclaman a voces la solidez de aquellos muros, la grandeza de aquel templo, la frialdad de aquellos aposentos a los que se llega por numerosos por numerosos y laberínticos corredores, como la conciencia y el pensamiento de su fundador.

Los jardines de Aranjuez y de El Buen Retiro, ¿no tienen todo el espíritu galante de Felipe IV?

. . . . . .

Don Enrique III a quien por su poquedad de ánimo y de salud llamaron

«El Doliente», no solo tomó por vivienda el Alcázar en algunas ocasiones, sino que celebró en él sus bodas con la infanta doña Catalina y recibió en sus cámaras a los embajadores del Papa y de los reyes de Francia, de Aragón y de Navarra, y con tal afecto miró la fortaleza, que mandó hacer en ella importantísimas obras, tales como la construcción de fortísimas torres y fundó además para su recreo y esparcimiento el real sitio de «El Pardo», distante de Madrid dos leguas.

También el cuarto Enrique fué huésped del Alcázar, y en él ordenó muy ostentosas fiestas para festejar a su cama doña Guiomar de Castro, sacando de una de ellas la hermosa favorita azotado el rostro por la mano celosa de la reina doña Juana de Portugal.

En una pieza de esta regia mansión nació aquella infeliz infanta tan traída y llevada por la murmuración y a quien el vulgo soez dió en llamar «La Beltraneja» y fué amarga pesadilla de los Reyes Católicos.

Isabel I y Fernando V, en las cortas etapas que estuvieron en Madrid, gustaron más de las casas de don Pedro Lasso de Castilla que se alzaron en la plaza de la Paja, las cuales, viniendo a menos al cabo de sus días, finando en ser «Posada de la Paja y de Isidro». En otras ocasiones acomodáronse Sus Altezas en el Alcázar pero nunca fué por mucho espacio.

El César, fué quien mandó acomodar la vieja fábrica en manera que pudiera ser digno y cómodo aposentamiento de la Corte y monarquía de España; pero tampoco él hizo asiento en ella, puesto que habitó en el palacio cuya área ocupa hoy el Monasterio de las monjas Descalzas que fundó la señora infanta doña Juana, hija del Emperador...

De entonces acá, el Alcázar, pasando por los reinados de tres Felipes, notables florones de la corona de España, hasta llegar a este malaventurado Carlos II, a quien el vulgo, aficionado a poner postizos, llama el Embrujado, ha sufrido muy notables alteraciones, tantas, que a la hora presente, de su antigua condición sólo conserva algunos torreones de las bandas del Norte y Poniente que dan al «Campo del Moro».

Las habitaciones reales están amuebladas con inusitada riqueza; hay en ellas verdaderos tesoros de arte; entre las más valiosas figura un lienzo de Miguel Angel, que representa «La oración en el huerto», por el cual es fama que pagó Felipe IV cinco mil doblones.

La tapicería flamenca también ha dejado maravillosas muestras, y las paredes de aposentos y salas sustentan la más bella colección de pinturas que hase visto en ningún palacio europeo.

Los techos están pintados por Lucas y Giordano.

La traza del edificio se debe a los arquitectos Cobarrubias y Vega.

Los consejos y covachuelas del Estado están en el patio central.

Este Alcázar es el que pudiéramos llamar de invierno, pues el de verano que fué el que más habitó don Felipe IV, está en la otra parte de Madrid, saliendo al campo, y rodéanle espléndidos jardines que son la maravilla de la Corte.

***

Ya que como aquel que dice sin buscarle, sáleme a la pluma el Buen Retiro, por ser cosa tan típica de la Corte de España, no quiero dejar de decir algo de lo que de tan magnífica mansión me han contado.

En tiempos del otro Rey tuvo mucho auge, y él fué ciertamente el primer monarca que recorrió placenteramente sus veredas y boscajes.

Diz que el verdadero fundador de este lindísimo vergel fué Felipe II que, gustando de retirarse algunos días a una estancia que por allí había a la que

◆

llamaba el «cuarto», la hizo rodear de jardines a la manera de los que su esposa doña María había en Inglaterra.

Años más tarde, luego de haber estado en el mayor olvido durante el reinado de Felipe III, parecióle bien al conde-duque de Olivares para dorada jaula de su abúlico rey y determinó aderezarle convenientemente. Así, pues, comenzó la fundación como parque real el año de gracia de 1630.

Fué lo primero ampliar los jardines en torno de una casa en que se guardaban rarísimas aves traídas de los más remotos países, a la cual llamaba el vulgo «El gallinero».

Por real decreto ya nunca tornó a llamarse de esta manera, sino «El Buen Retiro».

Tan bien acogió la villa esta fundación para el esparcimiento de Su Majestad, y cumplió lo que en la pracmática se le mandaba respecto a no llamarla como hasta entonces, que dió generosamente 20.000 ducados para las obras. La inauguración tuvo lugar en la noche de San Juan de 1631.

Famosa por todo extremo dicen que fué la fiesta, y acaso la más costosa de cuantas celebráronse durante aquel reinado en que no había dinero para pagar al Ejército, en que la Agricultura y la Industria estuvieron a punto de acabar del mal de tributos, impuestos y cargas y derrochábase a manos llenas en comedias y monterías.

Lope de Vega en «La Vega del Parnaso» y en aquellos versos que llevan por título «A la primera fiesta del Palacio Nuevo», cantó las amables y deleitosas jornadas de aquella noche e hizo minuciosa y poética relación de los espléndidos regalos que repartió el señor don Gaspar entre las damas que asistieron al festejo.

En el estanque grande se han representado muchas comedias de nuestros más preclaros ingenios, y en una de ellas, creo que fué «El mayor monstruo, los celos», de Calderón, se incendió la balsa en que se representaba y a milagro se tuvo el que no ocurrieran muy lamentables desgracias...

¡Oh si aquellos árboles hablaran! ¡Qué de apostillas galantes, divertidas y vergonzosas podrían poner al margen de la Historia rígida, seca y ceremoniosa con que se quiere presentar a los reyes ante la posteridad!

No quiero acabar esta breve evocación de «El Buen Retiro», sin trasladar una leyenda galante, pero falsa, que me contaran los pasados días paseando bajo aquellas bellísimas frondas. Pinta muy bien el carácter «literario» español; parece una escena de las comedias que por aquí dicen de capa y espada.

Junto a un lindísimo estanque que llaman de las «Campanillas», yèrguese un hermosísimo ciprés; dícenle el «Ciprés» de Villamediana.

Cuenta la leyenda cortesana, que al pie de este bello arbusto solían verse al caer de las tardes la Reina Isabel y Villamediana; tenían el sitio por más seguro para sus entrevistas, que las cámaras y aposentos de Palacio que entonces, como ahora, siempre están bajo el peso de la curiosidad y la intriga.

A tales horas, mientras que el Rey holgábase muy a su talante y gusto cazando inocentes ciervos o bravos jabalíes en el monte de «El Pardo» o entretenido con las gracias y donaires de alguna famosa comedianta, la bella soberana paseaba por el jardín sin otra compañía que la de un pajecillo demasiado muchacho para cumplir su menester con la debida etiqueta.

En cuanto alongábase un poco consentíale S. M. que fuérase con sus camaradas, y ella encaminábase sola al lugar de la entrevista amatoria donde ya esperaba el galán y m ldiciente poeta.

Aunque ellos pensaban hacer esta bellacada con todo secreto y sin más testigo que el celestinesco ciprés, acaeció que el Privado, que ya estaba sobre aviso y era enemigo mortal de entreambos: de la Reina, porque desque era Princesa de Asturias no le consentía, y de Villamediana porque flajelábale de continuo con atrevidas y desvergonzadas sátiras, meditó la muerte del osado Conde.

Una noche, cuando ya los enamorados despedíanse, apareció de improviso una cuadrilla de malandrines que cerró a estocadas con el doncel. Ni toda su bravura, ni su mucha destreza servían de nada contra cuatro hombres, recios, viles, y bien pagados.

Doña Isabel de Borbón como todo lo viera perdido, comenzó a gritar:

--¡Favor! ¡Auxilio! ¿No hay quien ampare a la Reina?

De una espesa calle de árboles destacose un favorecedor. Desenvainó la espada, terciose la capa y pasando ante la soberana sin hacer muestra alguna de respeto dijo mientras corría torpemente hacia el grupo en que el apurado Don Juan de Tassis defendíase de los asesinos:

—Señora, un caballero es el que ha menester auxilio que no vos.

Y metiéndose a puras estocadas en lo recio de la pelea púsose al lado del Conde, y a dos mandobles que le prestó de refuerzo, quedó el campo libre de malhechores y aun alguno se retiró con los cascos rotos.

Tan pronto como Tassis hallose libre, miró quien fuese su providencial defensor; cuando le hubo reconocido no supo ni pudo hacer más que tenderle la diestra diciéndole:

—¡Gracias, Quevedo! No olvidaré nunca que os debo la vida, yo sí quisiera que lo olvidaseis vos.

Saludó Don Francisco graciosamente sin hacer ademán alguno de pleitesía al volver a cruzar ante la Reina, (de esta manera daba a entender que no habíala reconocido.)

Tal es la leyenda que si como pieza galante es linda, históricamente no puede ser más falsa, pues que ya dije que el Buen Retiro, no fué lugar de la preferencia de Felipe IV hasta 1631 y Villamediana fué asesinado en la calle Mayor la noche del 21 de Agosto de 1622.

—

Olvídoseme decir que en el otro palacio viejo que tan atropelladamente traigo a cuenta, estuvo como huésped forzoso Francisco I de Francia. Tan gratos recuerdos debiéronle quedar de su forzado hospedaje que al regresar a su corte de París, mandó hacer en el Bosque de Bolonia el delicioso Chateau de Madrid.

EL REY

Yo, en buena hora lo diga y en loor de mi claro discernimiento no soy de la casta absurda de aquellos rutinarios palaciegos a quienes su menester suele cegar los sentidos, y todo cuanto hay en su redor porque es de «constitución real» lo estiman bizarro y gentil, limpio de toda mancha y poco menos perfecto que la sabiduría del Creador.

Piensan que los reyes son dioses, los príncipes serafines, los infantes arcángeles y la grandeza que les rodea, invicto coro de bienaventurados.

He venido de una corte en que hay demasiada luz a otra en que todo es tinieblas, que es como un cielo preñado de nubes en fría noche de invierno.

Aquí la Cuaresma dura todo el año.

Carlos II tiene (triste y doloroso es decirlo), muy poco de monarca, y aun menos de hombre, dicho sea en el sentido más honesto y moral de la palabra.

Ya entiendo que hice un ligero bosquejo de su persona en el cuaderno anterior en que traté de mi viaje a la Corte.

Su complexión es pobre y raquítica; su carácter débil y sombrío como la corte que le rodea y la liturgia inquisitorial del país que gobierna.

Como si todavía fuese niño de pocos años que por sí mismo no puede valerse ni discurrir para el gobierno de su débil persona, está constantemente rodeada de ayos y azafatas.

Ni aun los más íntimos menesteres puede cumplirlos sin verse libre de la enojosa tutoría; tengo para mí que muchas veces estará pesaroso de ser quien es y cuando sale en su carroza por las calles y paseos de la Villa, mirará con envidia a los esportilleros y gallofos, porque a pesar de su miseria son gente libre que puede campar a su albedrío.

¡Plegue a Dios que el nuevo amor de la esposa que habemosle traído de París hágale cambiar radicalmente de vida y costumbres y le dé arrestos para enviar con el Diablo a esta feble y lúgubre gentualla que antes tiende a estorbarle los pasos que a dejarle libre el camino!

Mas no creo yo que ellos se atrevieran a tanto, que más parecen carceleros que cortesanos, sino les hubiera apretado a hacerlo la reina viuda y el padre confesor.

En todos los días de mi vida he visto alimañas de peor traza; ella con sus tocas mongiles y él con sus hábitos ignacianos y rostro macilento de pocos amigos, antes invitan al espanto que al respeto.

El único en quien el infelice monarca parece que podría confiar alguna cosa es en su tío don Juan José de Austria, aquel infante que nació del ansia de medro de la hermosa comedianta María Calderón, y de la concupiscencia de Felipe IV, pero, el hombre, parece que también va a su conveniencia más que a otra cosa alguna, con que puede asegurarse, que el inocente Carlos es como un débil corderillo puesto entre una manada de hambrientos lobos.

Pensaban todos que con la expulsión del P. Nithard, director espiritual, confidente, consejero y aun parece que *algo más* de la reina madre, habría desaparecido el mayor enemigo del Rey y de la república, pero por mala desdicha aun quedan muchos que como el pueblo no los tome a su cargo no es fácil darles cantonera, de suerte que ellos serán quienes acaben de dar en tierra con el poco prestigio que le resta a esta hidalga nación que en no lejanos días fué dueña y señora del mudo.

LA REINA MADRE

La reina viuda doña Mariana de Austria, aun siendo el rey como es mayor de edad, es quien en manera cierta y sin rodeos sigue reinando en España.

Don Carlos, no es más de la pantalla que la encubre.

La misma figura de doña Mariana no la hace nada simpática, ni predispone a sentir por ella otra cosa que el natural y protocolario respeto que es debido a su alta jerarquía.

Es de mediana estatura, desabrida, de modales bruscos, de carácter autoritario y orgulloso, sus facciones son duras y poco agradables; acaso en los años de su mocedad no haya sido enteramente fea.

Viste tocas monjiles; más que una soberana parece una abadesa.

Apenas habla castellano, y cuando lo habla es de manera tan enrevesada que cuesta gran trabajo entenderla.

En todo el tiempo que llevo al servicio de su nuera, desde que ésta es reina de España, no la he visto sonreir.

No asiste a las fiestas cortesanas ni aun dentro del mismo Alcázar; lo más que consiente es una breve recepción de los ministros y diplomáticos los días en que hay alguna solemnidad.

Muchas tardes, al caer el sol, cuando cruza por las solitarias galerías parece una sombra o espectro que por divina permisión vuelvea los caminos del mundo.

Las jovialidades de la reina joven moléstanla, de suerte que no tiene sensatez para disimular; los pocos que la tratan de cerca dicen que está arrepentida de la boda y que si fuera en su mano deshacerla ya lo hubiera hecho.

Es tan egoista, que a nadie cobra afecto; ni aun el mismo P. Nithard, que fué según dicen tan cosa suya, ha vuelto a reflejarse en el espejo de su corazón.

En su antecámara, apenas se ven damas y caballeros de la Corte, solo privan de continuo religiosos; beatas y murciélagos de la curia eclesiástica, como son notarios del obispado, comendadores de las órdenes monásticas y hermanos de las cofradías matritenses.

Padres graves, que tienen fama de grandes teólogos y notables predicadores, los unos orondos y colorados, rellenos como zaques de bodegones manchegos, otros barbudos y hoscos como zaleas, esperan de continuo las audiencias de la reina madre.

Gentes de baja estofa y de ruínes miras suelen ser sus consejeros en el Gobierno.

Desdeña a la grandeza española.

No gusta de los poetas, los artifices, ni los cómicos.

Odia, en fin, cuanto le fué grato a su banal esposo.

Un tiempo hubo, desde que quedara viuda hasta poco antes de las bodas de su hijo con mi señora la reina María Luisa, que desterró de España y de sus posesiones en Indias el bello arte de las comedias, con cuya absurda y zafia determinación trajo la ruina de infinitas familias y la decadencia de un tan hermoso género literario que ha dado por acá tan espléndidas y maravillosas flores.

Así ha llegado a suceder que como el ingenio no podia dar sus frutos sobre el tablado de las comedias, hubo por dura y forzada necesidad de refugiarse en la sátira política y glosa de las malas costumbres; de aquí el que esta época haya venido a ser la más fecunda en vejámenes, jácaras y diatribas contra los poderes públicos, no perdonando ni al mismo Rey, cuanto menos a los que se encargan de mantener y aumentar la pobreza de su espíritu y la debilidad de su cuerpo.

Días pasados corrió por toda la Corte un papel anónimo en que se decían tales cosas:

«Señor don Juan de Austria:
»venga vuestra alteza
»y verá en Madrid
»muchas cosas nuevas.
. . . . . .
»Verá nuestro Rey,
»que Dios le mantenga,
»ángel en edad
»y ángel en belleza,
»que en los corazones
»de leales reina,
»porque los demás
»reinan en su hacienda.
»Y verá a su madre,
»la señora Reina,
»con muy malos lados
»y muchas jaquecas;
»y a la de los Vélez

»que dá a entender, necia,
»que no es Portugal
»y que es portuguesa;
»también verá a Aytona,
»gordo como bestia,
»que no es novedad
»serlo su excelencia.
«Verá el Regimiento,
»verá la Chamberga
»con dos mil figuras
»que es vergüenza al verlas.
. . . . . .
»Verá novedades
en las Presidencias
»y en otros oficios
»de gran confidencia.
. . . . . .
»Madrid soy, señor,
»que para defensa
»de mis pobre hijos
»llamo a Vuestra Alteza.
»Quítelos de insultos,
»muertes y tragedias,
»carga y sobrecarga
»cual si fuesen bestias;
»no le dé cuidado
»de que haya Chamberga,
»que en Carabanchel
»darán cuenta de ella.
»¿No es cosa graciosa
»que en esa aldehuela
»contra los «chambergos»
»tengan centinela?
»Hasta las mujeres,
»si a Madrid se llegan,
»llevan las pistolas
»en las faltriqueras.
. . . . . .
»¡Viva nuestro Rey
»y viva Su Alteza!
»¡Muera el mal Gobierno!
»¡Los traidores mueran!
»¡Muera el Presidente!
»Los sobrinos mueran,
»pues conducen gentes
»contra Vuestra Alteza.»

Otras muchas cosas decía este enconado papel, más no las traslado a éste por no hacerle harto prolijo y pesado, ya que hay párrafos de más substancia a que darles entrada preferente en este diario.

Denantes los ciegos no cantaban por calles y plazas más de las vidas milagrosas de los santos, las hazañas espantables de los facinerosos y los prodigios e influencias de los astros sobre la poquedad de este poco de tierra en que de suerte tan insegura asentamos la planta; más ahora dan distinguida preferencia a estas letras en que se ponen la conciencia de los ministros y la moralidad de la Reina madre como ropa de Pascua.

No hay sino pasar los ojos por otro papel que tengo ante los ojos y del cual hago gracia al que leyere, que se intitula «Verdades y mentiras de la Plaza Mayor y Senado de los pícaros».

No se puede ofender con mayor descaro y descoco, pero parece que a la dicha señora todo se le da una higa, como dicen por acá, en pudiendo hacer su capricho y voluntad, que no son otros que proteger a sus paisanos los tudescos. ¡Mala Pascua les dé Dios y sea la primera que viniere!

Aunque de por fuerza y por protesta de la Nación toda fuele arrancado de su afecto el P. Everardo, palacio no está limpio de alemanes.

Lo más florido de su especie son las sabandijas de aquella «casa» a la margen del río y sobre las frondas del campo que llaman del Moro; díganlo como testigos de mayor cargo, esos dos farsarios y truhanes que llaman «el Cojo» y «la Perdiz», sin cuya voluntad no se abre puerta ni se descorre cortina en las augustas estancias...

LA ETIQUETA DE PALACIO

Ya que traigo la pluma ocupada en apuntar «cosas» de Palacio, diré algo de la etiqueta, que según es de ceremoniosa y severa no se parece en nada a la de Versalles, donde todo es alegre y espléndido, de manera que, dentro

del respeto debido a la majestad, no se pierde la magnificencia; aquí por el contrario todo es sombrío y tétrico.

La que atañe al servicio de la Reina, me parece que menoscaba su propia dignidad.

Véase un ejemplo:

Su Majestad debe retirarse a descansar a las nueve de la noche en verano y a las diez en invierno.

Al principio de llegar la nueva soberana, tan hecha como estaba a otras costumbres más amplias, no paraba mientes en este punto; pues con mucha razón pensaba que la hora de ensabanarse debiera ser aquella misma en que sintiera sobre sus ojos las dulces picazones del sueño.

Mas aquí no se tiene en cuenta eso, y como estando cenando den las diez en el reloj del Alcázar, sin esperar a más ni decirle una palabra comienza una camarera a despeinarla mientras otra, para no perder tiempo, la descalza por debajo de la mesa. En seguida tómanla poco menos que en volandas sin dejarla comer el último bocado y condúcenla a la alcoba.

Los primeros días protestaba y se resistía, pero sin dejarla de entre las manos, decíanla:

—Señora, no somos nosotras, es la etiqueta de la Corte que lo dispone de esta manera, y así lo han hecho hasta vuestra majestad todas las reinas de España.

Los regios esposos, oficialmente duermen separados; pero don Carlos ama demasiado a su esposa para doblegarse a esta separación y rompe con la etiqueta.

Aun en las aventuras galantes de los reyes, dícenme que hay etiqueta. Así, cuando el monarca abandona a un amante es preciso que se entre en un monasterio, como aconteció con «La Calderona», famosa querida del otro rey.

A propósito de esta piadosa costumbre, que también parece seguida en Fracia por Mlle. Lavalliére, hanme referido que, gustando el galante Felipe IV de cierta bella dama de Palacio, fué una noche a llamar a la puerta de su aposento.

La tal esperaba la visita, porque ya por la tarde, en el Buen Retiro, le preguntó S. M. que por donde había que pasar para encaminarse a su cuarto, y la azafata, que no era tonta ni deshonesta, le respondió con mucho donaire que por la sacristía. Pues digo que en oyendo llamar a media noche, como sabía quién era el que pedía hospedaje, respondió por la cerradura de la llave:

—Vaya con Dios, señor, que no tengo vocación de monja.

CÓMO REZAN LAS ESPAÑOLAS

Harto quedan asentadas en las farragosas páginas de la Historia y en los folios de particulares crónicas las figuras de este reinado, de suerte, que siendo mi propósito de tratar en estos pliegos no más de lo puramente curioso, como son los usos y las costumbres, no estimo pertinente traer al retortero personas, personajes y personillas como no sea que ellos me salgan al paso de mi narración y para el buen orden de ella y patente verdad de sus capítulos no haya forma de hacerles a un lado.

***

Mi marido don Fernando hubo de presentarme a lo más florido y granado de la Corte, y he tenido el placer de ser tan bien recibida por la grandeza como tengo merecido por la alcurnia y rango de mi casa.

Aunque soy española, de la más rancia estirpe castellana (según tengo dicho en la primera parte de este legajo de memorias), cógenme enteramente de nuevo las particularidades de esta nación, mas no sé qué extraña cosa me ocurre que ciertamente parece que no me pillan tan de nuevo ni me sorprenden tanto como a las otras damas francesas de la Reina.

Aquí se tiene por más imprescindible la devoción que la obligación, con lo que se vuelve por pasiva el dicho popular que tanto se usa en esta tierra. Así es que si no se quiere andar en lenguas, como dicen, no hay sino que hacer como hacen, esto es, hartarse de prácticas religiosas aunque no se tenga el ánimo muy dispuesto para devociones.

Teniendo, pues, esto muy en cuenta, rogué a mi don Fernando que fuera servido de llevarme algún día de guardar al templo más cortesano, pues deseaba ver cómo rezan las españolas, para a serme posible tomar ejemplo y ver de hacerlo tal y conforme lo hacen ellas.

Era por el entonces tiempo de Cuaresma en la que se celebra la sagrada pasión y muerte de nuestro Redentor, y llevóme mi «oislo» al templo de San Felipe el Real, que está a la entrada de la calle Mayor y es la iglesia más visitada de toda la villa.

Antes que por la santidad de su empleo es famoso este establecimiento de la devoción, por sus gradas que son la gaceta no solo de las Españas, pero de todo el Universo.

Si alguna otra iglesia de la corte le disputa la parroquia es Nuestra Señora de la Victoria que está en el lado opuesto, pasada la Puerta del Sol, entrando en la que llaman Carrera de San Jerónimo.

San Felipe tuvo su fundación en los tiempos de Felipe II y fué ocupada por religiosos de la Orden de San Agustín.

Tiene por vecindad inmediata la casa de los Condes de Oñate en donde está la estafeta del Correo, y en cuyo zaguán se dice que murió de mala muerte por mal de amores reales el galán Villamediana; pero este triste suceso tengo por averiguado que no fué si no hacia la Platería que es donde el malventurado y maldiciente conde había su casa.

Desde los tiempos del otro rey parece que se vienen mostrando a la admiración del público las muestras del ingenio pictórico de la corte, y así allí han tenido su primera devoción los lienzos de Velázquez, Murillo, Zurbarán, Ribera, Martínez del Mazo y tantos otros como son astros con luz propia en el templo del Arte hispano.

Allí diz que se mostró los años pasados una notable pintura del artífice peregrino de las Purísimas, que representaba a San Jerónimo azotado por los ángeles; al pie del lienzo como leyenda explicatoria había escritos con muy buena traza estos versos:

«Porque a Cicerón leía
fuertes azotes le dan
los ángeles a porfía...»

Vió el cuadro y la leyenda Don Francisco de Quevedo, y con su ático y mordaz ingenio y ante el regocijo de las gentes que le acompañaban, completó de esta suerte la quintilla.

«¡Ira de Dios! ¿qué sería
si leyese a Montalbán?

—

Las damas españolas puede decirse sin temor de hacerles agravio ni sátira, que rezan a la buena de Dios, sin menester guía espiritual de su conciencia.

El devocionario es cosa que les embaraza.

Como lo que pudiéramos llamar única arma devota emplean el «rosario», la sacra invención de Santo Domingo.

Habrá cosa de dos a tres tardes, en una recepción de la Embajada francesa, refería me un noble francés que oyendo misa de once en la iglesia de San Ginés, seguía las diversas ceremonias del incruento sacrificio en las páginas de su breviario, y cuando más adentrado y recogido estaba en su devoción, llegósele muy colérica y furibunda una vieja que había junto y arrebatándole el libro violentamente díjole estas descompuestas palabras:

—A la iglesia, señor mío, se viene a rezar pero no a distraer la devoción ni a escandalizar a los fieles con la lectura de libros obscenos.

Cosa notable es el uso que en esta tierra se hace del «rosario».

Las mujeres suelen llevarle pendiente de la cintura, a modo de llavero y acontecen ser tan largos que falta poco para que la cruz vaya arrastrando por la suciedad de los suelos.

Ann en la calle no dejan de rezarle. Sobre todo las viejas rumian y mascan las oraciones con tanta tenacidad como los bueyes la yerba.

En visita, en la calle, en el juego, hasta cuando las enamoran no deja la mujer española de pasar y repasar entre los dedos las cuentas del Ave María.

Muchas devotas hay que se pasan la mañana entera en la iglesia, mientras que el cuidado y gobierno de su hacienda, anda, como dicen, manga por hombro.

Oyense diez ó doce misas como si se bebieran un vaso de agua, pero sin que la verdadera devoción inquiete sus espíritus mucho ni poco, porque el pensamiento acaecen haberle entretenido a muchas leguas del amor a Jesucristo.

Demás, que la iglesia suele ser pretexto para el pecado sin que el solo dueño de ella se escandalice ni enfade porque en su misma casa vengan los mortales a tomar pasaporte para el infierno. Sin duda que dice socarronamente, «Dejadles a su inclinación, que estas misas decírselas han al cabo de su vida...»

El tiempo de Cuaresma préstase más que otro alguno para deslizarse por la resbaladiza rampa del Pecado mortal poniendo la devoción por pantalla.

Dice mi esposo Don Fernando que no es por acá cosa que escandalice harto, el salir una dama de calidad acompañada de su dueña con pretexto de asistir a los oficios de la Semana Santa, y en tanto que la confiada vieja, (sino es que ya de antemano está convenida con su señora,) pasa y repasa el mugriento rosario entre los sarmentosos dedos, escurrirse ella hasta cierta casa cercana donde su amante la está esperando, y en tanto que el incienso y las preces suben hasta el trono del Altísimo, sube ella hasta las mismísimas puertas de la gloria en los apretados brazos de su bien amado sin licencia de la Santa Madre Iglesia.

De que todo se consume y no quedan fuerzas para nuevos sacrificios al amor profano, torna a rebujarse muy bien en el amplio manto que hasta los pies le llega y corre al templo en donde dejara a la dueña tan entretenida o tan alicionada.

Si por acaso fué lo primero, esto es, que escabullose el ama en tanto que la devota sirviente se entregaba en cuerpo y alma a la devoción, ríñela y zahiere por el poco cuidado con que cumple su menester, puesto que ha tenido que dar miles de vueltas buscándola por toda la iglesia.

Manda que en aquel mismo punto y hora sea finado el rezo, y haciendo

que la moza o dueña la siga muy de cerca busca la vuelta de su casa, donde el marido suele esperarla muy confiado, creyendo muy honradamente que la compañera que escogió en los altares, por palabras de presente, es una buena sierva de Dios, que gánase a pulso como quien dice los codiciados escalones de la gloria, donde entre la angélica cohorte de arcángeles y serafines asisten los bienaventurados y limpios de corazón...

Pero tan poco se crea que la religiosidad es privilegio exclusivo de las señoras mujeres, que también los hombres acontecen llevarla en las puntas de los dedos y no saben vivir sin darla exacto cumplimiento.

A este fin, aquel mismo marido que dejó a su mujer en compañía de la dueña, pensando que no iba a comunicarse más que con Dios, puede enterarse de la verdad del caso y entonces, como un caballero español no puede vivir sin honra, determina tomar sangrienta venganza del agravio, pero como es cristiano no puede hacerlo como se usa entre herejes, esto, aplicando el castigo tan pronto como se sabe la falta.

Coge a la infiel y la echa en cara su culpa y acto continuo la sentencia a morir, pero como ya dije que es cristiano, no ha de ser sin que lleve como merienda para el camino todos los auxilios espirituales, a cuyo fin la lleva a confesar a la parroquia; él mismo como ejecutor de la justicia que ha de tomarse por su mano, se arrodilla muy contrito ante el tribunal de la penitencia y pide perdón para el delito que va a cometer de allí a poco espacio. El sacerdote se le concede en nombre de Dios y como escucha «aquello» bajo secreto de confesión, no da parte a la Justicia y es cómplice fanático de un horrible asesinato.

El marido burlado y el ministro del Señor quedan muy tranquilos en su conciencia porque ambos han cumplido como buenos cristianos, merecedores de la gloria eterna...

LOS DISCIPLINANTES EN LA PROCESION DEL VIERNES SANTO

Llegado que tué este sacro día, uno de los tres mayores que celebra el mundo cristiano, luego de asistir en Palacio a todas las solemnes ceremonias que previene la etiqueta de la corte, como son los divinos oficios durante la mañana, la concesión de indulto a los reos de muerte, el lavatorio y comida de doce pobres menesterosos, en honra y memoria de esta fineza que Nuestro Señor fuera servido hacer con sus discípulos, asistí desde el palacio de los condes de Oñate, que está a la entrada de la calle Mayor, frontera de las «gradas» famosas de San Felipe, a la procesión de la tarde a la que acuden todas las parroquias, cofradías y gremios de la villa.

Es una fiesta pintoresca por todo extremo, en la que con pretexto de la devoción mal entendida ofrécense las circunstancias más ajenas a la piedad y al recogimiento.

Los cofrades que llevan a cuestas los pasos detiénense sin respeto alguno ante cada tabernilla para libar a todo su talante y gusto el desquiciador caldillo de cepas, que por otro nombre también dicen sangre de Cristo.

Como desde por la mañana, al ser día, andan empleados en servicio de sus hermandades, cuando la tarde es llegada más son cueros con caperuzas moradas que hombres.

En tanto que hacen sus visitas a los templos y humilladeros del dios de las vides, allá quedan en mitad de la calle las veneradas esculturas, sin que tanto atrevimiento valga a servir de escándalo a la gente, pues que antes que con enfado, como debiéra, lo mira con buen donaire.

Mas con ser esto harto reprensible y vergonzoso no produce tan mala impresión como los «disciplinantes».

¡Jamás podré apartar de mi memoria tan repugnante vista!

Cúbrense los tales penitentes con una túnica muy delgada que les va de la cabeza a los pies. Tócanse con una caperuza de exageradas dimensiones; por delante cuelga una tira de lienzo, que es una especie de máscara que les encubre el rostro.

A manera de amatoria divisa, suelen llevar enlazadas en las crueles disciplinas una cinta de seda, que luego de la bárbara jornada ofrendan a sus amantes y que ellas lucen con notable orgullo, como presente de gran valor, que parece que no estimarían tanto una joya o presea de elevado precio.

Aderezados de esta espantable guisa cruzaron ante mí infinitos locos (que no de otra manera acierto a conceptuarles), abriéndose las carnes a puros azotes.

Tan a lo vivo lo hacían muchos, que nadie fuera atrevido a pensar que antes les moviera la presunción y el afán de ser admirados por sus damas, que la verdadera fe llevada a un punto de bárbaro fanatismo, que, cuando menos, públicamente habría de estar vedado.

Lo que verdaderamente me ponía fuera de tino, era la teatralidad con que cumplían su menester de desollarse vivos, pues aun dicen que tienen entre ellos estudiadas reglas para que el espectáculo resulte con la mayor perfección posible.

Atízanse acompasadamente y todos a una, ni más ni menos que si obedecieran a una voz de mando.

La sangre brota a raudales de las abiertas heridas, porque los cordeles suelen estar erizados de afiladas púas que desgarran la piel.

Cuando uno de los penitentes llega donde está su manceba, arrecia los golpes como de ordinario suelen hacerlo los arrieros con las infelices bestias. La dama toma aquella saña como sacrificio por su amor, y hacen señas con que animan al loco en su propio daño.

Si la turba disciplinante tropieza en su camino con un buen rostro, hácenle una fineza, que ciertamente más tiene de repugnancia que de gentileza, y es que detiénense junto a la hermosa y atízanse con tal destreza que la salpican con la sangre que arrancan en las disciplinas.

Una de las damas que me acompañaba, díjome que hay quien tiene en tanto esta especie de favor, que guarda el vestido ensangrentado con la misma devoción que si fuese alguna milagrosa reliquia con cuyo culto se ganan innumerables indulgencias. Bien es verdad que si la tela es delicada y de tanto coste como suelen usarlas las señoras de calidad, no queda para otra puesta.

⁂

En punto a devoción, quiero dejarme en el tintero, por no hacer demasiado prolijos estos hilillos de mi vida, procesiones particulares que cada día hacen las parroquias, los rosarios de barriadas y los sermones públicos.

Estos suelen pronunciarse por frailes zafios y romos en las plazas; tienen fama los de la Puerta del Sol, cuyo púlpito portátil se guarda en la iglesia de Nuestra Señora del Carmen, los de la Red de San Luis y los de Puerta de Moros.

Ello da lugar a mil incidentes cómicos e irreverentes.

Los días pasados estaba el frailazo de turno en la Puerta del Sol predicando la pasión de Cristo, cuando acertó a pasar un tirolés que traía un

mono disfrazado de Polichinela y al que hacía bailar al compás de un desafinado organillo.

Toda la concurrencia sagrada se fué tras el inesperado espectáculo; entonces el misionero, en su afán de recoger sus descarriadas ovejas, alzó el crucifijo que llevara en el cíngulo y comenzó a gritar:

—Mirad aquí, herejes, que este el verdadero Polichinela.

LA PLAGA DE LOS CRIADOS Y LA MADRE DE LOS POBRES

Como voy haciendo inventario de las cosas y costumbres de la corte, no quiero dejarme en el tintero lo que en ella hay de típico y pintoresco, aun temiendo que pueda pecar de prolija y enfadosa; mas aun esto me disculpa, el que no lo hago para el público sino por entretenimiento y delectación de mi propio espíritu.

Digo, pues, que habiendo vivido tanto tiempo en una corte tan fastuosa y disipadora como la de Francia, no puede menos de maravillarme la profusión de que se usa y abusa en esta de España.

Es uno de los puntos que más llaman mi curiosa atención, el que toca a la servidumbre.

El mal comiénzase en el mismo Palacio de la Monarquía, y prosigue después como enfermedad contagiosa en todas las casas de la grandeza, hace sus estragos en la clase media y aun tiene salpicaduras para la gente pobre, pues no hay quien lo sea tanto que no tenga algún infeliz que le sirva. Al ciego que no se vale de un lazarillo no le falta un gozquezuelo.

Los mercaderes de la limosna (en España hay plaga de ellos), tienen dependientes que les llevan la industria, mientras ellos están muy patitendidos al sol o refocilándose entre naipes y vino en las innumerables tabernas que tiene Madrid.

Mi observación de la peste de los criados comiénzase por la Real casa.

Innumerable es la lista de los servidores, cuyo registro se lleva en la oficina de la Intendencia.

Sólo en el Alcázar pasan de mil y quinientos.

Como si ya ellos fuesen pocos, hay harta gente que vive de la despensa del Rey, no siendo los que menos los embajadores de las naciones extranjeras y muchos grandes de España.

En los almacenes de la regia despensa van a buscar las provisiones que se reserva a cada cual, según la categoría de su empleo.

Aves, caza, pescado, hortalizas, legumbres, chocolate, frutas, aceite, vino, pan, velas; de todo pueden proveerse allí las polillas de Su Majestad, que viven a costa del Estado.

Este abuso suele traer a la zaga otro que redunda en beneficio de los aprovechados, y es de vender sus raciones en las lonjas y abacerías de la Villa, desmán que llega a producirles muy buenos rendimientos, en cuyo inmoral negocio no exponen más de la vergüenza y la pasividad incomprensible de unos gobernantes, que a fuer de que a ellos les consientan robar a todo su talante y satisfacción, pasan el que toda España sea Sierra Morena.

En casa de la duquesa de Alba vi tal emjambre de dueñas, azafatas, mozas, escuderos, rodrigones, lacayos, pajes y motiles, que casi obstruían aposentos y corredores, hasta el punto de hacer difícil el paso a las visitas.

Llevada de mi femenil curiosidad di en preguntarle cuántas mujeres tenía para su asistencia y menester, y respondiome en tono de humildad como quien se duele de pobreza, que nada más de trescientas, porque los tiempos

que corren son muy apurados y fuérzanla a hacer economías, pero que en los años anteriores llegó a tener más de quinientas.

Aunque en las casas está concedido mantener los criados que a cada cual le plazca, en la calle no puede traerse más de dos lacayos y un escudero. Solamente a los Embajadores y a los extranjeros le es concedida la compañía de tres o cuatro pajes.

Muchos señores permítense tener esclavos negros que traen de las indias y del moro. Trátanles como a cosa propia, aunque ya no tienen sobre ellos como denantes derecho de vida y muerte.

Pocas son los casas de calidad en las que no hay lacayos negros para los caballeros y alguna gentil mulatica para las damas, la cual suele ir medio desnuda, sin que haya forma de hacerles comprender que tamaña ligereza en el vestido no es uso decente para aquí.

He podido observar con cierta satisfacción, que mis paisanos son gentes poco a propósito para doblegarse a la servidumbre, porque de suyo son altaneros y soberbios y poco sufridos para aguantar despotismos. Casi es menester pedir las cosas por favor, y luego de conseguidas, (con el tiempo que ellos hayan querido tomarse), dar muy cumplidas gracias.

Aun a los pobres de pedir no puede despachárseles con mal gesto ni palabras desabridas, porque suelen entender que harta merced nos hacen con humillarse a pedirnos una limosna.

—

El otro día, el conde de Saldaña, que es hombre de notable humor, tuvo el capricho de hacer correr la voz de que daría un premio de cincuenta ducados al vago más vago de toda la Villa.

Desde el mismo punto y hora en que soltara la especie, comenzósele a llenar el portal de su casa de gente tumbona que hacía presentación de sus credenciales, y con haberles muy notables y divertidos que cada uno de ellos eran un alto elogio de la briva y la desvergüenza, que en el famoso patio de Monipodio hubiérase tenido por linajuda ejecutoria en la clase de pícaros y desaprensivos, ninguna a juicio del tribunal que formó el conde con otros dos amigos, reunía bastantes méritos para optar a la codiciada recompensa.

Alegaban unos no haber trabajado durante todos los días de su vida; otro, no comer más de cuajada por no dar pesadumbre a las mandíbulas, y hacerse de su persona con las bragas atacadas, por no tomarse tanto trabajo como el de haber de acudir a soltarse la pretina; tal, decía que por cabalgar toda la semana ofrecía gratuitamente el envés a la penca del maeso azotador... y mil méritos más alegábanse para alcanzar el premio, pero según el parecer de su excelencia el conde, ninguno aducía tantos méritos que fuesen parte a tomársele en consideración.

Hay por acá un apostol de la vagancia, ya entrado en años, a quien dicen los muchachos *San Alejo,* porque siempre se le halla reposando al sol, debajo de las gradas o a la sombra de los porches de la Platería. Así como el tal prócer de la pobretería hubo conocimienlo del extravagante capricho del de Saldaña, fuese muy poco a poco (que hay quien dice que tardó en el viaje más de medio día,) hacia la posada de su excelencia y así de como llegó tendióse en la puerta cuan largo es.

Llegósele el portero y le mandó que no estorbase el paso, pero el bellacote ni siquiera se dignó responder y prosiguió tendido sobre las durísimas piedras. Entendió entonces el fámulo que quizás pudiera ser que aquel hombse estuviera enfermo y comenzaba a pedir, entre los curiosos que comen-

zaban a hacer corro, que le ayudasen a llevarle al hospital cuando apareció el conde.

—Pues, ¿qué pasa?—preguntó.

—Señor,—respondióle el criado—este buen hombre que sin duda se duele de algún mal.

Volvió entonces la cara el vago y dijo:

—No duelo señor, no duelo, que más sano estoy que una manzana. Si he venido aquí ha sido llamado por la excelsa caridad del conde mi señor, aquí presente, que bien le tengo conocido.

—¿Qué os he llamado yo?—pregunta Saldaña mostrando asombro.

—¿No hizo vuecelencia correr la especie poco menos que con pregón—replicó San Alejo—de que daría cincuenta ducados de premio al vago más reconocido y examinado de toda la Villa y aun de sus contornos? Pues aquí me tiene mi señor y dueño y no me canse en hablar tanto.

—¿Luego, tú eres opositor a esa cátedra?

—Y con más méritos que cuantos se hayan presentado ni puedan presentarse al amor de ella.

—Y, ¿porqué no has hecho como éllos tu memorial y lo has presentado a mi mayordomo?

—Por no cansarme en dictarle a un memorialista, pues pensar en que yo le escribiera no es posible porque no sé ni leer ni escribir.

—Eso ya es un mérito—continuó el conde, refocilándose a la vista de tanta desaprensión y vaguería—. Sígueme.

—¿A donde, señor?—preguntó el aspirante sin moverse una brizna.

—A mi escritorio—continuó el prócer—. Allí expondrás las demás razones de peso que tengas para luchar en este magno y famoso torneo de los vagos.

—Pues, ¿se piensa, señor, que por solo la miseria de cincuenta ducados voy yo a dejar este rato de sosiego y esta lengüetada del sol que da la vida? Váyase luego y no me obligue a decir una palabra más que ya estoy muerto.

Rióse el de Saldaña para un año mirando ante sí tan acrisolado ejemplo de la nadadería, y dándole los cincuenta ducados en aquel mismo punto y hora, díjole por vía de laudotorio discurso, que todos los presentes escucharon con el regocijo que el caso requería:

—¡Oh varón insigne y prudente! ¡Gloria y prez del hampa castellana, que un día os contará entre sus más insignes bienaventurados! Tomad y andad, o mejor dicho, dormid con Dios y con el ángel sacratísimo de vuestra guarda, que no habrá en el mundo entero quien os pueda ir a la zaga, ni Diógenes le topará, más que llevase una linterna en cada dedo.

Dicho que hubo esto embocó zaguán adelante sin poder andar por la fuerza de la alborotada risa que le alborozaba el cuerpo.

Cuando perdióse su excelencia en la primera revuelta de la ampia escalera que a sus aposentos le llevaba, aleióse muy despaciosamente el señor San Alejo, y aun hubo menester de ayuda, porque llevaba camino de tener labor para todo el tiempo que restaba hasta el medio día.

Cuando estuvo en pie y agarrado a su báculo (lazarillo de su persona) exclamó:

—No hay para que extrañarse de este particular mío, no piensen que pueda hacerme mal a la salud, que yo soy hombre que resisto mucho echado...

YA NOS LO DIRÁN DE MISAS

Esta frase que suele de emplearse casi de continuo para dar a entender

que quien hace una cosa fuera de lo que es admitido entre gentes de bien, ya tendrá pago merecido en el día de la justicia, tómase por acá en todo su religioso valer.

Como los españoles parece que estamos en tan buenas relaciones con la corte celestial, pícase como dicen, «a calzón quitado» porque desde el momento de ofender a Dios cuéntase con las misas que al cabo de la vida han de redimirnos de nuestras mundanas culpas, de suerte que esto de las misas es una de las más caudalosas fuentes de riqueza que tiene la curia eclesiástica en esta hidalga tierra.

La devoción a las benditas ánimas del Purgatorio es de las más favorecidas.

El primer capítulo que en todo testamento se tiene en cuenta, es el que atañe a la salvación del alma, y llegado el caso de ponerse en vigor la postrera voluntad de un individuo, el primer dinero que sale de la testamentaría es el que ha de ir a manos de los señores curas para que le encomienden a Dios.

Hartas veces hase dado el caso de morir un hombre alcurniado lleno de deudas, que con lo que deja no tiene ni para empezar a cumplir sus compromisos y antes faltó para éstos que para mandarle decir quince mil misas, y no hay miedo de que nadie alce su voz en son de protesta, porque es ley admitida no contar con obligación alguna hasta que no esté cumplido el capítulo de sufragios.

El padre de este monarca, que era de aquellos que encienden una vela a San Miguel y otra al Demonio, parece que dejó encomendadas cien mil misas para bien de su alma y descanso de su espíritu y advirtió en manera muy formal, como si fuese cosa de administrarse por teneduría de libros, que cuando los sufragios llegasen a un número en que su ánima no hubiese menester más, porque ya estuviese gozando de la bienaventuranza a la diestra de Dios Padre, empleáranse los que sobraran en beneficio de sus progenitores, y si éstos hubiesen logrado también su bienestar en la eterna vida, aplicáranse por las almas de los soldados muertos en las guerras que por el entonces sostenía España.

A este tiempo se me acuerda de una donosa especie que corre de boca en boca, atribuída al ingenioso y maldiciente conde de Villamediana, aquel infortunado poeta y correo mayor de los reinos de España y Nápoles, que feneció de mala muerte por haber puesto sus amores en dama tan alta como la reina doña Isabel.

Parece que estando el alcurniado ingenio oyendo misa en el monasterio de los Padres de Atocha, llegósele la mujer que va entre los feligreses pidiendo dinero para las ánimas del Purgatorio, y poniéndole delante la bandeja hizo la petición acostumbrada.

El conde puso la mano en la faltriquera y sacó de ella un ducado; lo colocó sobre la batea y preguntó a la buena mujer:

—Dígame, hermana, así Dios la salve, ¿cuántas ánimas quedan libres por el bien de mi limosna?

—Diez, señor, cuando menos,—respondió la hermana.

—¿De suerte,—tornó a decir don Juan de Tassis—que a este tiempo, ya estarán aquellas bien aventuradas gozando de la presencia de Nuestro Señor, y cantando loores en el coro de arcángeles y serafines?

—Así, será, señor,—replicó la limosnera—y bendecirán la piadosa caridad de vuecelencia que ha sabido librarlas de tan horroroso padecer.

A que respondió el taimado conde retirando el ducado de la bandeja donde le había puesto:

—Entonces, hermana, si ya están fuera de tormento, para nada han menester de mi limosna, y buenas tontas serán si se dejan llevar otra vez...

EL ESTRADO Y LA TIERRA SIGILADA

Los días pasados acudí con una prima de mi marido al estrado de la marquesa de los Vélez, y comenzando por lo que llaman propiamente «estrado» y finando por las visitas, todo me pareció material aprovechable para hilvanar un nuevo capítulo de mi diario «La Dama duende», el cual por ahora no tiene otro lector que mi don Fernando.

¡El Señor tenga en su gloria por los siglos de los siglos el alma de don Pedro Calderón de la Barca!

A mía fe, que aunque Dios fuese servido de que mi matrimonio torciérase hasta el punto de hacerme la mujer más desgraciada de la tierra, no maldijera como hacen tantas del cura que me casó.

***

¿Qué cosa es por aquí «estrado»?

Lo diré o trataré de decirlo en las menos palabras posibles, que la prolijidad antes parece pedantería que enseñanza.

El de la marquesa de los Vélez, es una pieza amplia, donde está puesto lo que se llama estrado de respeto, que no vale más que de figura como su mismo nombre lo indica.

Las paredes y el suelo están cubiertos por hermosa y costosísima tapicería flamenca (que no es la alcurniada dama tan orgullosa ni fanática de las cosas de España, como cuentan de aquel conde-duque de Benavente, que ni el Toisón de oro quería traer puesto por ser orden extranjera.)

Las almohadas y las sillas están cubiertas por severos paños de terciopelo carmesí.

Una alfombra turca, tan amplia y profusa de vivos y concertados colores que parece el suelo macizo de un bello jardín.

En el centro de la estancia hay un magnífico brasero de plata labrada huérfano de toda lumbre, que entre tanta pintada flor, más que brasero parece fuente.

Luego de esta estancia hay otra, a la que llaman estrado de «cumplimiento», pieza también magnífica y amueblada con extraordinario lujo.

Colgaduras escarlada, cortadas a espacios iguales y convenientes con puntas de oro de dos cabezas. Almohadas del mismo colorido con idéntica guarnición.

Sillas de vaqueta con clavos de auríferos pavones.

Alfombras de estas que llaman de uso, con cuyo valor pudiéranse mantener muy bien durante un año diez familias pobres.

El brasero que hay en esta estancia es diferente al del primer estrado. Es como una gran bacía de barbero, sin faltarle aquella parte que se encaja en la garganta; tiene por trono de su grandeza una primorosa caja de ébano incrustada en marfil.

Cuando sea llegado el tiempo frío y pongan fuego en este magnífico recipiente, más que brasero, habrá de parecer estanque de rescoldo...

Entre las sillas, a distancias medidas, hay escritorios de preciosas maderas, primorosamente labradas.

Pásase de aquí a lo que se llama «estrado de confianza», que en rigor de-

bieran tener por alcoba, y en él es donde diariamente recíbense las visitas, aunque no sean de extremada intimidad.

En el centro, levántase una tarima que es el verdadero «estrado», sobre él está la cama, cubierta con las colgaduras correspondientes a la estación corriente, si verano, de gasas, si invierno, de terciopelo.

—

Una de las cosas que más despertaron mi natural curiosidad, por el mucho tiempo que estuve fuera de mi patria, fué el prurito de algunas damas de buena edad en aparecer graves y circunspectas, para lo cual, estiman preciso usar anteojos que más les dan aires de doctores por Salamanca, que de simples mujeres.

Mi curiosidad llevóme al extremo de aparecer indiscreta preguntando a la marquesa el porqué de tan ridícula costumbre; su excelencia púsome al corriente de esta pedantería de las damas, que no es otra que la que dejo apuntada.

Mas esta vanidad no puede achacarse únicamente a las mujeres, pues que los hombres la rinden culto con más devoción, y así no hay uno solo que puje de persona grave, que no ande muy orondo y finchado con sus enormes espejuelos, pues conviene saber que cuanto más crecido es el tamaño indica más autoridad.

—

Poco antes de ser noche regalonos su excelencia con un suculento refrigerio, compuesto de exquisitos dulces y un riquísimo chocolate, cuya tarea era debida a los reverendísimos padres de Àtocha, los cuales tienen fama de ser tan excelentes chocolateros como privilegiados siervos del Altísimo.

El gustoso soconusco es cosa que tiene muchos aficionados en esta tierra de España; para hacerle más gustoso tómanle con leche y yema de huevo, de suerte que viene a resultar una riquísima crema.

—

Hablando estaba con una damita muy linda cuando advertí un ruído extraño y desagradable en su boca, como si mascara arena.

Hacíame tan mal efecto que causaba calofrío y no pude menos de preguntarle cuya era la causa de aquel ruído.

Respondiome que no era otra cosa que *tierra sigilada*, y extrañose harto a su vez, cuando me oyó decir que no habíala probado, ni pensaba hacerlo en todos los días de mi vida.

Preguntome si esta costumbre no había entre las damas francesas, y habiéndole dicho que no, pareciole que por allá no sabíamos ser distinguidas.

—Yo os juro—dijo—que aquí se tiene por costumbre de muy buen tono, y es además, cosa muy razonable. En Madrid no hay dama de buen gusto que no se masque dos o tres barros al día. Mezclada con almizcle y miel, es la mejor golosina que puede imaginarse.

Ofreciome un casquito, y yo porque no pensara que hacía desprecio, hinquele el diente, pero hube de arrojar el codiciado barro, que a decir verdad olía muy bien.

No puedo comprender este mal gusto, que para más disculpable, dan en atribuirle propiedades curativas.

Es lo cierto que este vicio suele dejarles opiladas.

Píntanseles la piel de un feo color amarillento, y se les hinchan el vientre y el estómago hasta el punto de hacerles parecer en estado de buena esperanza, que así se llama por aquí el estar preñadas...

Terminada que fué la merienda entró el mayordomo de la marquesa has-

ta el centro de la estancia y poniendo una rodilla en tierra se persignó muy devotamente y exclamó en alta voz:

¡Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar!

A cuya devota salutación hubimos de responder todos en un tonillo escolástico:

—Sea por siempre bendito y alabado.

Acto seguido penetraron más de veinte pajes, rubios y lindos como sotas de baraja española, trayendo candelabros de cuatro brazos, que fueron colocando sobre los muebles. Hecho esto, retiráronse haciendo una profundísima reverencia, que mucho temí no llegaran a dar con la frente en la punta de los pies.

Recogiéronse las migajas, que restaban de la charla, y haciéndose con todas ellas la murmuración de la tarde, fuímonos retirando.

En la antesala esperábame mi esposo, y muy satisfecha tanto de verme con él, como del recibimiento cortés que me hiciera la señora marquesa de los Vélez, tomamos la vuelta de Palacio, donde aquella noche en honra y agasajo del nuevo embajador de Inglaterra, había comida de gala.

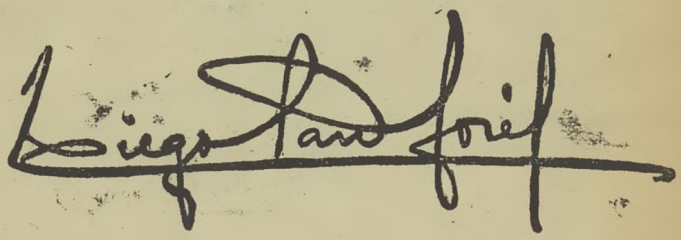
FINAL

En este punto vuelvo a dejar suspendido el Diario que voy escribiendo sin haber tocado como prometí al fin del anterior, los sucesos e intrigas cortesanas.

Quise primero hablar alguna cosa del ambiente y el escenario donde se desenvuelve mi nueva vida a fin de dejar el fondo bien preparado para asentar luego las figuras.

Si tengo el buen humor y curiosidad que hasta hoy, proseguiré asentando mis impresiones en estos pleguezuelos de papel; pero si Dios fuese servido de que mi ventura fuese tanta que mi don Fernando me diese un Pimentelillo, de ojos negros como los de él y cabellos rubios y rizados como los míos, no estaré sino para comérmele a besos y a mimos y así en este punto será finado el «Diario de La Dama Duende.»

Por el hallazgo de estos papeles,



PRENSA POPULAR.—Calvo Asensio, 3.—Madrid.—Apartado 498

TOS FERINA – QUITAFERINA LA PLANA PEREZ MARTIN ALCALA 9 MADRID

MUEBLES

de lujo y económicos.
Sección de alquilar en los pisos entresuelo y principal.

CASA SOTOCA

Echegaray, 8. Toda la casa, próximo a Carrera de San Jerónimo, (antes Hortaleza, 39)
Hay guardamuebles.

Farmacia de la Viuda de G. LÓPEZ

Plaza de Isabel II, 1.-Madrid.

Suaviza el cutis.

ALCOHOLATO

Lo mejor para fricción.

Alcoholera. -- Carmen, 10

FOTOGRAFIA

BIEDMA

CALLE DE ALCALA, 23
Teléfono M-730.-Hay ascensor.

No se olvide que la caspa es el mayor enemigo del cabello; hay, pues, que destruirla y evitarla, lo que se consigue fácilmente con el agua **La Flor de Oro**, la que además aviva el crecimiento del cabello y le conserva la suavidad y color naturales. — Se vende en las perfumerías y droguerías.

Publicaciones de PRENSA POPULAR

MADRID.—CALLE DE CALVO ASENSIO, 3.—APARTADO 498.

KIRIKI

1. Kiriki Bolcheviqui.-2. Kiriki, Aviador.-3. Kiriki, Caníbal.—4. Kiriki, Rey de fieras.-5. Kiriki, Aeronauta. --- 6. Kiriki, Apache.-7. Kiriki Detective-8. Kiriki Raffles.-9 Kiriki, Cow-boy.-10. Kiriki, Piel roja.-11. Kiriki. Pescador.-12. Kiriki Cazador.-13. Kiriki, Nadador.-14. Kiriki, Saltimbanqui.15. Kiriki Boxeador.16. Kiriki, Espiritista.-17. Kiriki, Aladino.-18. Kiriki Desengañado

Colección completa: Precio, 20 céntimos número.

FRINE

1. Arte de no envejecer.-2. La mujer en el hogar. --- 3. La belleza de los ojos. -- 4. Los perfumes. -- 5. Los matrimonios. - 6. La moda según el tipo. -- 7. La belleza de las manos. — 8. La belleza de la boca.—9. Los bailes. — 10. Las joyas. -11. Las ropas.-12. Modo de ordenar la casa.- 13, Los peinados. -- 14. Educación de las jóvenes.-- 15. Las visitas. - 16. La belleza del pie. -- 17. La belleza de la línea.

Colección completa: Precio, 15 céntimos número.

ANIMALES

1. León.
2. Mono.
3. Elefante.
4. Tigre.
5. Aguila.
6. Cocodrilo,
7. Dromedario.
8. Avestruz.
9. Oso.
10. Ciervo.
11. Canguro.
12. Lobo.
13. Serpiente.
14. Gato montés.
15. Bisonte.
16. Foca.
17. Caballo.
18. Perro.
19. Hipopótamo.
20. Jirafa.
21. Rinoceronte.
22. Tortuga.
23. Rata.
24. Rana.
25. Pingüino.
26. Lagarto.
27. Murciélago.
28. Hormiga.
29. Leopardo.
30. Hiena.
31. Abeja.
32. Ballena.

Colección completa: Precio, 20 céntimos número.

LOS NIÑOS SIENTEN DEVOCIÓN POR LA EMULSION VITÆ

saben que tomándola tienen más ganas de jugar y más alegria. Además la consideran una golosina por su agradable sabor

Concesionario exclusivo
J. CINTO GUALLAR
Madrid